

Rafael Cadenas

¡Simplemente Cadenas!



En la Fundación para la Cultura Urbana (FCU) estamos de júbilo: nuestro presidente vitalicio, Rafael Cadenas, acaba de ganar el Premio Miguel de Cervantes, en claro y merecido reconocimiento a su trayectoria literaria.

Cadenas, poeta, ensayista, profesor universitario, el primer venezolano en obtener este premio, considerado el más importante en nuestro idioma, ya ha sido merecedor de otras distinciones de carácter internacional: el Premio de Literatura en Lenguas Romances, de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en 2009; el Premio Federico García Lorca de Poesía, en 2016; y el XXVII Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, en 2018.

Los candidatos a recibir el galardón son propuestos por el pleno de la Real Academia Española, por las academias de la Lengua de los países de habla hispana y por los ganadores en pasadas ediciones. Luego de un riguroso proceso, recibimos esta noticia a través de las palabras de Miquel Iceta, Ministro de Cultura de España:

«Por su vasta y dilatada obra literaria, el jurado reconoce la trascendencia de un creador que ha hecho de la poesía un motivo de su propia existencia y la ha llevado hasta alturas de excelencia en nuestra lengua... Su obra es una de las más importantes y demuestra el poder transformador de la palabra cuando la lengua es elevada, es llevada al límite de sus posibilidades creadoras».

A propósito de la lengua, en uno de sus ensayos, titulado «La quiebra del lenguaje», que forma parte del libro *En torno al lenguaje*, Cadenas escribió:

“Podría afirmarse que, en gran medida, el hombre es hechura del lenguaje. Este le sirve no solo como medio principal de comunicación, para pensar y expresar sus ideas y sentimientos, sino que también lo forma. Está unido en lo más hondo a su ser; es parte suya esencial, propia, constitutiva. En cierto modo conocemos a las personas por su manera de usar el lenguaje. Este nos revela más que cualquier otro rasgo”.

La extensa obra de Cadenas lo revela como un hombre comprometido con la palabra y la defensa de la lengua que nos une. ¡Felicidades, maestro!

Fundación para la Cultura Urbana (FCU)
Fotografía de Vasco Szinetar

colección
RECTORADO





Rafael Cadenas

¡Simplemente Cadenas!

Rafael Cadenas... ¡Simplemente Cadenas!
Autores varios

Universidad Católica Andrés Bello
Montalbán. Caracas (1020)
Apartado 20.332

Diseño y producción: **ab**ediciones
Diagramación y diseño de portada: Reyna Contreras M.
Ilustración de portada: Rayma Suprani
Fotografía: Vasco Szinetar
Impresión: Impresiones Lauki, C.A.

© Universidad Católica Andrés Bello
Primera edición, 2023

Reservados todos los derechos.
No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información, ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.–, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.



Rafael Cadenas: el decir auténtico

Moraima Guanipa

Comienzo por agradecer la honrosa invitación que se me hizo para presentar al poeta Rafael Cadenas (Barquisimeto, 1930), a quien se le confiere este alto reconocimiento: la Orden Universidad Católica Andrés Bello (UCAB). Resulta por lo demás plausible que se le entregue hoy 29 de noviembre, cuando se conmemora en el país el Día del Escritor, en ocasión de los 237 años del natalicio de Andrés Bello (Caracas, 1781-Santiago, 1865), figura fundamental de la lengua española en nuestro continente.

La UCAB hace homenaje y celebración al otorgar esta distinción al poeta en el marco de su Feria del Libro del Oeste de Caracas, un evento que, por tercera ocasión, convoca al libro, la literatura y la creación a estos espacios universitarios y, además, tiene a España como país invitado. Viene el poeta a este campus de la Católica a pocas semanas de haber estado en ese país en otro recinto universitario: la Universidad de Salamanca, la más antigua de Hispanoamérica y una de las primeras fundadas en Europa, donde recibió el XXVII Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, el más prestigioso de la lengua española y al que se suman distinciones como el Premio Federico García Lorca (España, 2016); el Premio de Literatura en Lenguas Romances de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara (México, 2009); además del Premio Nacional de Literatura en nuestro país (1985), entre otros.

¿Cómo presentar a un poeta cuya obra no sólo ha sido ampliamente reconocida sino también asumida por muchos, entre los que me incluyo, como referencia de lo más destacado de la poesía venezolana e hispanoamericana actual? Asumo esta ocasión como una manera de celebrar y agradecer como lectores una poesía que tanto nos ha entregado de constancia en la incesante pregunta sobre el sentido de la poesía y del decir, así como de sacudidas vitales que nos colocan a la intemperie al preguntarnos por nuestro lugar en el mundo.

El idioma, el decir

Abro esta lectura sobre los aportes de la obra de Rafael Cadenas recordando a un querido amigo, filósofo y poeta, fallecido tempranamente hace unos años, Aníbal Rodríguez Silva, animado lector, estudioso y promotor del poeta, quien en un libro dedicado a analizar su obra escribió: «Rafael Cadenas no es un autor, no es un escritor, es una lengua; un idioma. Idioma que recrea un idioma. Lengua de pasión que ama a su tradición, la lengua española» (1999, p. 9).

Hablar de la obra de Rafael Cadenas conduce inevitablemente a pensar en el lenguaje como objeto de reflexión en su poesía y como eje articulador en el proceso de conformación de su poética, afirmada en una búsqueda por ganar mayor autenticidad verbal y existencial, ligada a una visión humanística, como escribí en un trabajo dedicado a su obra poética (Guanipa, 2002). Y también encontramos, en sus poemarios, ensayos y aforismos, un reiterado llamado de atención frente a los desvíos de los fanatismos y una defensa de los fueros de la libertad.

Pero en la poesía de Cadenas el lenguaje no es, como pudiera pensarse, un desvelo por la expresión adornada, sino más bien un reconocimiento de los ocultamientos que pudieran empañar el sentido. A lo largo de su obra, desde sus iniciales *Una Isla* (1958) y *Los cuadernos del destierro* (1960) hasta *Gestiones* (1992), encontraremos una aventura existencial de carácter ontológico que interpela el decir, que le reclama fidelidad con la existencia. En medio de la concepción si se quiere unitaria de cada libro, estos resultan eslabones de un proceso que el poeta coloca frente a sus lectores para decirnos: «Escribo/ como el que se inclina sobre el cuerpo que ama», en *Una isla* (1958); y «Sólo cuento con tus joyas/ idioma ajeno/ mío. Soy/ apenas/ un hombre que trata de respirar/ por los poros del lenguaje [...]» en *Gestiones* (1992).

Esta preocupación por el lenguaje pasa también convertida en reclamo e interpelación en su obra ensayística y en sus textos breves como *En torno al lenguaje* (1985) y *Anotaciones* (1991). En el primero, libro de una actualidad y urgencia demoledoras, Cadenas deja constancia de «un recio amor, el amor a la lengua» y se hace eco de autores como el escritor y periodista austriaco Karl Kraus, en quien, como sostiene el poeta, «se juntan dos obsesiones mías: la crítica a nuestra civilización y el culto a la lengua» (1985, p. 43). Cadenas, quien ejerció por más de dos décadas la docencia en la Escuela de Letras de

la Universidad Central de Venezuela, alerta sobre el empobrecimiento de la lengua, especialmente por la banalización y el mal uso del idioma. Lo advierte en *Anotaciones* (1991): «La quiebra de la lengua es la quiebra de la cultura, de la sociedad y del espíritu. Es tan indeciblemente importante enseñarla bien. Debía ser el eje de la educación en la escuela, en el liceo, en las escuelas de letras. Con todo, ningún Estado le da importancia» (p. 15). También: «Un pueblo sin conciencia de la lengua termina repitiendo los slogans de los embaucadores; es decir, muere como pueblo» (p. 25).

Ser, poesía, misterio y realidad

Hagamos honor al lector que es Cadenas y leámoslo. Para comenzar, ofrezco aquí algunas rutas a seguir en una obra compleja, no sólo en su diversidad de registros de voces y temáticas, sino en la unidad que remite, ya lo dijimos, a la poesía misma, al lenguaje y a la experiencia humana.

Si bien los acercamientos críticos, las compilaciones y lecturas de la obra de Rafael Cadenas inician en su mayoría con *Los cuadernos del destierro* (1960), justo es comentar la presencia de dos poemarios anteriores: *Cantos iniciales* (1946), publicado cuando apenas tenía dieciséis años de edad, libro prácticamente desconocido, y *Una isla* (1958), que circuló mimeografiado en 1977. Este poemario, escrito entre Trinidad y Venezuela a su vuelta del destierro, al que lo envió la que creíamos la última dictadura del siglo XX venezolano, no sólo es testimonio del exilio sino también un acercamiento sensitivo a la experiencia amorosa; también presagio, anuncio de nuevas miradas y nuevas temporadas marcadas por una indagación incesante en los laberintos del ser, del decir. Algunos de esos poemas bien pueden suscribirse en este presente de diásporas y despedidas: «El exiliado deplora las patrias. Rehúye divisiones» (Cadenas, 1999, p. 33).

Después, en *Los cuadernos del destierro* (1960), asistimos al testimonio de un «viaje interior o transcurso espiritual protagonizado por un yo lírico cuyos “ineluctables desdoblamientos” constituyen el tema central de la obra», como apunta Ilis Alfonso (1996, p. 29). La voz poética que se despliega en este libro da cuenta de un arquetípico destino, un *fatum*, el cumplimiento de un *sino* del cual no se puede escapar. Lo que vendrá seguidamente en el registro poético de Cadenas será un giro que, desde la poesía, vuelve para advertir y reparar en el lenguaje así como para dejar testimonio de una búsqueda esencial que confronta al lector con las preguntas fundadoras

respecto al misterio de la vida. En un arco temporal que incluye *Falsas Maniobras* (1966), *Intemperie* (1977) y *Memorial* (1977/1986), los poemas de Cadenas van dejando constancia de un proceso que, tanto en lo formal como en el despliegue temático, evidencia una búsqueda por liberarse de las ataduras egocéntricas: «Vida, redúceme a ser/ sólo una crudeza ante ti» (Cadenas, 1986, p. 135).

El aprendizaje propuesto por la poesía de Cadenas es el vaciamiento, una lucha espiritual. Los poemas registran el paso de un penitente que, a la manera de un anacoreta, se aleja hacia confines solitarios y se entrega a la contemplación y la penitencia. Al silencio.

Intemperie se cierra con un poema, «Ars Poética», que sintetiza el desafío poético de Cadenas para ganar la honradez y la veracidad expresiva, para honrar a la poesía y su decir con lo real, sin atavíos. Este poema, que, en mi opinión, debería colocarse en la entrada de toda escuela o centro de enseñanza en la que el uso de la palabra pública y privada sea materia de formación, dice en este fragmento:

[...]
Seamos reales.
Quiero exactitudes aterradoras.
Tiemblo cuando creo que me falsifico. Debo llevar
en peso
mis palabras. Me poseen tanto como yo a ellas.
 [...]
 (Cadenas, 1991, p. 128)

Memorial representa un momento particular en la obra de Cadenas, por la condensación y despliegue de una poética tan resplandeciente como compleja, lo que el poeta ha llamado «la soberanía de lo sencillo» (1979, p. 9), lo que nos revela la atención: «Realidad, una migaja de tu mesa es suficiente» (p. 28); la constatación de la fragilidad del ser: «Florecemos/ en un abismo» (p. 183) y la aparición de Ella, la Diosa, instancia simbólica en el que el discurso poético vuelve sobre la poesía misma y sobre el lenguaje.

Por su parte, *Amante* (1983) representa la radicalización de la experiencia vital volcada a la autenticidad, humilde, descarnada, del ser y, sobre todo, del lenguaje: «Custodia la lengua/ con la que adoras./ Ella muestra y oculta/ tu rostro,/ la presencia, el más poderoso reclamo» (1991, p. 223). Es un canto al lenguaje, y una tentativa extrema de autenticidad: el silencio. La puesta en escena potencializa el entramado teatral en los personajes del amante y del anotador:

Destruye
la retórica del amante
y hazlo venir a pie, desnudo, sin arrimo,
a tu recio descampado.

*Que pruebe a sostenerse ahí,
que sienta tu frío,
que vele.*
(Cadenas, 1991, p. 229)

En *Gestiones* (1992), poemario con el que ganó el Premio Internacional de Poesía Pérez Bonalde, encontramos la afirmación de la marginalidad esencial del artista enfrentado a los desvíos de su tiempo y a las frágiles seguridades de un mundo cimentado en la materialidad y la banalización de los asuntos de la vida. La palabra, el lenguaje, dominio natural del poeta y de la humanidad, cuentan poco en un presente como el que vivimos: «Pocas palabras,/ descarnadas frases,/ pura necesidad. /La dama de los adornos/ dejó la escena./ Cancelada./ La exhibición había durado mucho» (p. 73).

Las voces y la prosa

Destaca en la obra de Cadenas lo que llamaríamos un *dramatis personae* que se despliega a lo largo de sus distintos textos. A la manera de un elenco teatral, aparecen personajes, voces poéticas que resuenan en diversos momentos: es el perseguido, el juzgado, el expulsado en *Falsas maniobras*, *Intemperie* y *Memorial*; es el amante, el anotador, el amanuense en *Una Isla*, *Memorial*, *Amante* y *Gestiones*. Son las máscaras, las personas que toman el lugar del hablante en los poemas y que convierten esta obra en un entramado de voces que son uno.

Este «artesano que ama las palabras», como se define en *Anotaciones* (1991), ha hecho también de la reflexión sobre la poesía un aspecto esencial en su decir poético y ensayístico. Negado a entrar en moldes, modas, escuelas y estilos, Cadenas opta por un decir despojado que se reconoce en rasgos antirretóricos, antimodernos: «Lo moderno que me atrae sería solamente la proximidad del lenguaje que uso respecto al habla natural, el verso libre que evita las menores asonancias, la sequedad insobornable, la ausencia de figuras literarias, la prosificación del texto, la antipoesía, la alusión, la ironía» (p. 65).

La prosa, como habla cercana a los días, distingue el trabajo poético de Cadenas, de la misma forma como opta por el versículo y el verso en apoyo a una expresión ganada para la limpidez.

La vida como totalidad

Encontramos a un poeta que dialoga con los místicos españoles y abreva en las fuentes del misticismo oriental. Así, le ha dedicado una detenida y hermosa lectura a San Juan de la Cruz (1998), en la

que muestra su desconcierto por el «ascetismo extremo, ese castigarse impiadoso, la *imitatio Christi* como auto tortura, el tratar el cuerpo como enemigo» (1998, p.15) y mantiene lo que llama «una riña cordial». No obstante, en algunos de sus poemas, especialmente en *Intemperie* y en *Falsas maniobras*, deja ver un yo poético con estos aprendizajes de impenitentes: «está hecho para recibir de frente la inseguridad, y tiende a lacerarse más de lo que acepta la poesía», dice una voz poética en *Intemperie* (Cadenas, 1991, p. 88). Más tarde volverá en *Memorial* (1986): «Mi vida/ aprende/ a no pedir nada» (p. 132); «Soy este en quien se incendia/ hasta la idea de hombre» (p. 134).

Salvando las distancias con los fines y medios del misticismo cristiano, la comunión con Dios, y sin la filiación propiamente religiosa, hay en estos personajes poéticos un sentido de búsqueda auténtica, de reconocimiento de lo insondable que nos sobrepasa. Incluso en un libro como *Amante* (1983), autores como Luis Miguel Isava (1990 y 1994) han destacado la relación con el *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz.

En el plano de la indagación por las rutas de la experiencia mística, nuestro poeta también se ha detenido en el estudio del misticismo de raíz oriental, como el budismo *Zen* y el *taoísmo*. Lo dice la voz poética de *Memorial*: «Nada pides. Sabes que estás completo. Lo sabes con tu piel. Ni de ti eres dueño» (Cadenas, 1986, p. 29).

El propio poeta, sin embargo, aclaró su posición en *Realidad y Literatura* (1979): «nuestros planteamientos no son místicos, ni esotéricos, ni metafísicos. Apuntan hacia la vida como totalidad» (Cadenas, 1979, p. 8). Hace unos años ofreció esta lección: «me parece que no hay nada que buscar y que tal vez sólo se trate de sentir la vida en nosotros. La vida, lo desconocido, el misterio, la naturaleza, el ser, el Tao, el Self o como quiera llamarse eso que no tiene nombre y sobre lo cual nada se puede decir» (Cadenas, 2001, p. 1).

El misterio en su poesía no es hermetismo, por el contrario, es claridad y precisión: estamos ante un poeta cuya obra destaca por su expresión sincera, por las autoexigencias que se ha impuesto, incluso a riesgo de permanecer en los márgenes del silencio, para ofrecer un resplandor desusado que, más que estético, plantea un reconocimiento ético ajeno a los dogmas. Ver la realidad a los ojos supone la experiencia del misterio, su reconocimiento.

El poeta, el hombre, el ciudadano

Este recorrido quedaría incompleto y descontextualizado si no me detuviera en un aspecto igualmente destacable de su labor como poeta y humanista: su preocupación por y su crítica a los fanatismos, los excesos de la tecnicidad y las amenazas de la guerra.

El poeta, quien a lo largo de su vida ha padecido dos dictaduras, supo muy joven de los alcances de la opresión, cuando con apenas 21 años de edad fue preso por la dictadura perezjimenista y enviado al exilio a la isla de Trinidad, a la cual se ha referido en entrevistas y de cuya experiencia surgieron algunos de los poemas aquí mencionados.

El entonces estudiante universitario venido de su natal Barquisimeto, que había abandonado los estudios de Derecho y había ingresado a Filosofía y Letras en la UCV, no pudo entonces proseguir sus estudios porque «ocurrió la huelga universitaria contra la penúltima dictadura militar, esta es una redundancia», como le relató a la periodista Elizabeth Araujo. Su recuerdo bien merece traerlo al presente y a estos espacios universitarios: «Estuve preso en la Cárcel Modelo y me expulsaron del país. Las dictaduras siempre arremeten contra las universidades libres porque son el baluarte más fuerte de la conciencia del país. En este momento, están de nuevo amenazadas por un gobierno que frente a ellas, como dije hace poco, refiriéndome a la más antigua, es un menor de edad, y además malcriado, con rasgos de barbarie, que no voy a mencionar porque están muy a la vista. Lo más lamentable es que son universitarios que están prestos para ejecutar cuanto se les ordene» (Araujo, 2010, p. 24).

El autor de *Derrota* (1963), poema adoptado en los años 60 como marca de una generación comprometida política y socialmente, asistió a un tiempo en el que se ensalzaba a figuras del comunismo soviético como Stalin, pero supo ver tempranamente los excesos y las consecuencias del fanatismo ideológico y los fanatismos de cualquier índole. En distintos momentos y textos, sean de poesía, de ensayos y aforismos, Cadenas ha sido un crítico persistente contra este rasgo de destructividad y de asfixia a las libertades cívicas: «Los revolucionarios se proponen liberar a los seres humanos y comienzan por privarlos de libertad», escribió en *Otros Dichos*, recogido en *Obra Entera* (2000).

A Cadenas le preocupa lo que C. G. Jung (1986) llamaba con angustia la «cuestión del mal», la

capacidad destructiva de las guerras y los odios. En *Memorial*, reúne una serie de poemas en los que abiertamente toca estos asuntos y cuya vigencia se expande en nuestro presente (pp. 68-74). Otro tanto ocurre en *Gestiones*.

Cómo no tener presente las resonancias de uno de sus aforismos: «Solo en un sitio puede ser derrotada una sociedad: en el pecho de cada hombre» (Cadenas, 2004, p. 143).

Dejo hasta aquí lo que intenta ser una presentación agradecida a nuestro poeta. Espero haber podido ajustarme con fidelidad y humilde decoro a una obra que siempre se me revela lozana y haberla honrado con una lectura atenta.

Leer a Cadenas, su obra poética, sus ensayos, es coincidir con Gadamer cuando dice: «me sigue pareciendo cierto que la lengua no es sólo la casa del ser, sino también la casa del ser humano, en la que vive, se instala, se encuentra consigo mismo, se encuentra en el Otro, y que la estancia más acogedora de esta casa es la estancia de la poesía, del arte» (1990, p. 156). Cadenas nos ha traído hasta esta estancia que no por grata y permanente resulta menos amenazada por los fastos, por los gárrulos, como él mismo bien suele advertir en estos tiempos de extravíos de la voz pública y mediática. De allí nuestro agradecimiento y homenaje a quien tanto ha sabido resguardarla, protegerla y llenarla de autenticidad para todos nosotros.

¡Salud, poeta!
Muchas gracias.

Referencias

- Alfonzo, Ilis (1996). *Rafael Cadenas o la poesía como existencia*. Caracas: Contexto editores.
- Araujo, Elizabeth (2010). «Vivimos en un país sin Constitución». En: *Tal Cual*, 24 de junio, p. 24.
- Cadenas, Rafael (2004). *Poemas selectos*. Caracas: Bid & co. editor.
- (2001). «A la poesía se le sirve, más bien, cuando hay suerte». Suplemento Verbigracia, N° 8, Año V, *El Universal*, Caracas, sábado 24 de noviembre, p. 1.
- (1999). *Antología*. Prólogo de Ana Nuño. Madrid: Visor.
- (1998). *Apuntes sobre San Juan de la Cruz y la mística*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela.
- (1991). *Antología*. Prólogo y selección de Luis Miguel Isava. Caracas: Monte Ávila Editores.
- (1991). *Anotaciones*. Caracas: Fundarte.
- (1986). *Memorial*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- (1985). *En torno al lenguaje*. Caracas: Dirección de cultura, Universidad Central de Venezuela.
- (1979). *Realidad y literatura*. Caracas: Editorial Equinoccio, Universidad Simón Bolívar.
- Jung, Carl Gustav (1986). *Recuerdos, sueños, pensamientos*. Barcelona: Seix barral.
- Gadamer, Hans-Georg (1990). *La herencia de Europa. Ensayos*. Barcelona: ediciones Península.
- Guanipa, Moraima (2002). *Hechura de silencio (Una aproximación al Ars poética de Rafael Cadenas)*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela.
- Isava, Luis Miguel (1994). *Amante: summa poética* de Rafael Cadenas. En: *Revista Iberoamericana*, Universidad de Pittsburgh, Vol. LX, N° 166-167, enero-junio, pp. 267-288.
- (1990). *Voz de amante. (Estudio sobre la poesía de Rafael Cadenas)*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Rodríguez Silva, Aníbal (1999). *El poema como imposible*. Mérida: Universidad de los Andes.



A propósito de Cadenas

Sofía Mogollón

A lo largo de estos días, desde que el veredicto fue anunciado el pasado jueves 10 de noviembre, una celebración se ha abierto paso en dirección a una poética que no solo habla y lee a todo un país, sino que ahora -y desde hace ya algunos años de hecho- también parece extenderse hasta otros terrenos donde la lengua castellana nos une: Rafael Cadenas ha resultado ganador del Premio Cervantes de la edición 2022.

Cuento lo obvio para resaltar, con especial avidez, algo que nos conmueve a muchos y que ha resonado con todos con los que he comentado este acontecimiento: Rafael es la prueba de que la poesía en Venezuela ha sido una pieza sólida, un barco que sube y vuelve a bajar con la marea. Que ha transitado, siempre altiva y con la distinción que la caracteriza, la aridez de una economía floja, y ha surcado la bonanza de los mejores años de este país que, a ratos, se nos vuelve confuso y difícil de entender.

Pero Cadenas no solo es -ni debe ser- un símbolo de lo que crece y *florece en el abismo*, es, por sobre todo, una extensión de sí mismo: esto lo encontramos en su poesía y lo leemos con deleite en la obra que ha sido galardonada. Es el silencio que se filtra y juega en el poema, pero también es la resistencia y los exilios, el destierro que insiste en la oda a la palabra y que se ha vertido en la vastedad de una poética que ya suma más de 50 años.

En todas estas características reina la quietud y el desapego, me permito, de un autor que trabaja desde la cavilación absoluta y que ha obtenido, ¿cómo no?, el reconocimiento magno de la lengua castellana y sus consecuentes reacciones en tierras lejanas, caribeñas, como lo son las venezolanas.

Hasta esta orilla ha navegado la respuesta de quienes nos leen desde contextos diversos, pero nunca por entero ajenos. El componente humano nos ancla a los mismos referentes y desprende de estas experiencias el vínculo que edifica todo nuestro imaginario cultural: la lengua.

Hoy, mañana y mientras la conciencia ataña a reflexionar sobre ello, celebramos el paso de esa lengua por la poesía de Cadenas y la dicha de encontrarlo en el mismo espacio-temporal que nos reúne a todos hoy.



El óbolo de Rafael Cadenas

Diajanida Hernández

*Uno sólo espera de los poetas
un óbolo que nos sirva para el trayecto.*

Rafael Cadenas

La primera vez que vi a Rafael Cadenas fue en el pasillo de la Escuela de Letras, cuando yo comenzaba la carrera. Por la rampa avanzaba silencioso, sin prisa, vestido como siempre: pantalones de pinza, camisa manga larga de botones, chaleco de bolsillos, todo en tonos ocre, y cargaba su maletín de cuero marrón. Ese, es Rafael Cadenas, me alertó un compañero. En esos primeros días de universidad, los nuevos estudiantes descubríamos los increíbles personajes que habitaban la Escuela. Junto a Cadenas uno se cruzaba con Guillermo Sucre, Adriano González León, Igor Barreto, Eleazar León, Irma Chumaceiro, María Fernanda Palacios, Jaime López Sanz, Michaelle Ascencio o Marco Rodríguez. No sólo era ver allí, en las aulas, a poetas, ensayistas o narradores; se trataba de ver de cerca a las personas que, por ejemplo, promovieron la renovación de la UCV o lucharon contra la dictadura. Creadores que enseñaban, que eran muestra de la acción intelectual. Y creo que redescubrí la noción de generación allí, en mi Escuela.

Para comprender la obra y la vida de Cadenas, hay que, precisamente, ubicarlo en su generación, en lo que ese grupo vivió e hizo como creadores e intelectuales: escribieron, reflexionaron, cuestionaron, participaron y actuaron. Particularmente, Cadenas militó en la izquierda, creyó en la utopía revolucionaria, vivió la cárcel y el exilio. Experiencias que, sumadas a su espíritu pensativo y crítico, lo llevaron a alejarse del dogma, abandonar la militancia partidista y centrarse en defender la libertad y la democracia. En su obra escrita podemos leer ese ánimo de vida.

Aquella imagen de Cadenas caminando lentamente por la rampa de la Escuela de Letras, puede verse como una que revela parte de su personalidad: hombre pausado, discreto, modesto. Incluso inseguro de su propia obra, aún después de haber sabido que obtuvo el Premio Cervantes 2022. «Profe, su obra merece ese premio, es un reconocimiento más que justo», le digo

por teléfono. «Gracias –me responde– todavía estoy inseguro [de mi obra], las palabras de los amigos me dan algo de seguridad».

Aunque pueda parecer sorprendente que Cadenas dude de su propia escritura, es algo que está allí, en su poesía y en su reflexión sobre el lenguaje. La duda del que reflexiona, del que cuestiona, del que tiene conciencia del poder y el lugar de la palabra. «Nunca he sabido de palabras/ tanto como quise», escribe en un poema de *Gestiones*, que es una reflexión sobre su oficio, un diálogo con la poética y una declaración política. Pero esa vacilación es producto de la constante indagación, de las preguntas, de la búsqueda de contraste. Más que certezas, en su escritura Cadenas construye el camino de la búsqueda. Y sabe que ese camino es uno que comienza pero no tiene fin. Se va transformando, sí. Hierve. Es movimiento.

Ese trabajo con la palabra es arduo y esquivo, debe salir tras ella, *más allá de los mejores diccionarios que el dinero pueda comprar*. La poesía opera en el terreno en el que los significados se ensanchan y enriquecen, en el campo de la precisión de la forma del decir. «Piezas que se alinean/ con ahogo». Pero la preocupación por el lenguaje en Cadenas no solo tiene relación con la búsqueda estética (de estilo) que toda poesía brega, tiene que ver con un asunto ético. Allí está su *etymon espiritual*. El lenguaje es expresión del espíritu y de la ciudadanía, su empobrecimiento es una amenaza al individuo, a la sociedad, a la cultura. Como señala Luis Miguel Isava, esa percepción, esa aguda conciencia «modula su obra tanto en sus reflexiones como en su escritura poética». Por ello es fundamental la estrofa final del poema que he citado: «No quiero estilo,/ sino honradez». Aquí la declaración política: puedo renunciar al *estilo*, no así a la integridad en el obrar, a la ética.

Y ese es el valioso óbolo que nos da Cadenas para el trayecto, una ética cimentada en la conciencia del lenguaje, en la humilde sabiduría, que aboga por la libertad, el cultivo del espíritu y que no busca dogmatismos.

*Nunca he sabido de palabras
tanto como quise.*

*Relegadas en un tiempo,
no me buscan.*

*Yo también tengo, Auden,
the best dictionaries that money can buy.*

*Piezas que se alinean
con ahogo.*

*Nuestra vida es ardua,
queda atrás,
hierve.*

*No quiero estilo,
sino honradez.*



Rafael Cadenas,
ensayista.
Una invitación

Ricardo Ramírez Requena

La obra de Rafael Cadenas es una de las más destacadas en la tradición poética venezolana, junto con José Antonio Ramos Sucre, Juan Sánchez Peláez, Luz Machado, Vicente Gerbasi, Eugenio Montejo, Alfredo Silva Estrada e Ida Gramcko, por mencionar los nombres principales. Comenzó a escribir muy joven, de la mano con su actividad política vinculada con el partido Comunista. Cadenas nace en Barquisimeto en 1930, y se mueve entre esa ciudad, Valencia y Caracas, hasta su destierro en Trinidad en tiempos de Pérez Jiménez. A su regreso, ya era un poeta con dos libros publicados. Se integra en el cuerpo profesoral de la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela, y publica uno de sus libros más emblemáticos: *Los cuadernos del destierro*, en 1960. A partir de ahí, desarrollaría una obra magnífica y emblemática hasta el día de hoy, desde la poesía y desde el ensayo.

Rafael Cadenas ha sido ganador de muchísimos premios y reconocimientos, como el Premio Nacional de Literatura, la Beca Guggenheim, el Premio Internacional de Poesía Juan Antonio Pérez Bonalde, el Premio FIL de Literaturas Romances, el Federico García Lorca, el Reina Sofía y el Cervantes. Ha sido merecedor, además, de doctorados honoris causa por parte de la Universidad de Los Andes, la Universidad Centro-Occidental Lisandro Alvarado y la Universidad Central de Venezuela.

Cadenas es un pensador de la poesía y un poeta del pensamiento. Quisiera proponer una lectura breve de su trabajo desde la prosa, en especial los libros *Realidad y literatura*, *En torno al lenguaje*, *Apuntes sobre San Juan de la Cruz y la mística*, y *Anotaciones*.

La prosa de Cadenas ha ido marcando poco a poco la dicción de su discurso poético desde los años ochenta. Múltiples preocupaciones lo aquejan en ellos: el deterioro de la formación humanística y del lenguaje en general; el alejamiento del espíritu; las particularidades del discurso poético en tiempos contemporáneos.

Ya en *Realidad y Literatura*, en la introducción, Cadenas nos dice lo siguiente:

Lo que exploramos es la posibilidad que tiene el ser humano de establecer una relación directa, no basada en la ideación, con los seres y las cosas.

Hay aquí ya un camino que llevará a Cadenas a explorar múltiples elementos en su ensayística posterior y en su poesía. El contacto directo, real, con las cosas. El *awareness*, del que hablará en este ensayo. Este mismo elemento lo podemos encontrar en otros libros centrales de Cadenas, como *En torno al lenguaje*. A través de diferentes planteamientos, Cadenas hace una lectura lúcida del estado de la educación literaria en Venezuela, del deterioro de la lenguaje en general, y de cómo este deterioro evidencia la decadencia de una sociedad. Para esto, se acompaña de una larga tradición: Confucio, Pedro Salinas, Karl Kraus y un espíritu que podemos encontrar también en Orwell y Camus. Rafael Cadenas es un escritor moral, en la línea de estos últimos. Sus preocupaciones son las de la sociedad en general, pero en vistas y abordadas desde la literatura, la filosofía, la ética. La poesía.

En el tiempo, Cadenas fue uniendo su discurso poético con el ensayístico, a través de una prosa breve, reflexiva que él llama Apuntes, Dichos. Una propuesta escritural que nos recuerda de inmediato a autores como Canetti o Cioran. Hay ahí, un poeta, pero también un pensador mayor.

Por último, en *Apuntes sobre San Juan de la Cruz y la mística*, podemos rastrear un acercamiento a lo religioso, desde una perspectiva moderna.

Estas breves líneas son solo una invitación a leer la prosa y los ensayos de Rafael Cadenas, en donde podemos encontrar a un interlocutor brillante y lúcido, en todo su esplendor.

Y también un retrato de sí mismo. Una carta de presentación.



Rafael Cadenas: celebrar una obra, “tocar” a un hombre¹

Luis Miguel Isava

Es a todas luces una feliz conjunción que en esta oportunidad celebremos un nuevo aniversario (239º) del nacimiento de Andrés Bello a través de un homenaje a la obra y a la persona de Rafael Cadenas. Digo conjunción porque, si bien Bello contribuyó de manera importante a distintos campos del saber –desde la educación, pasando por la geografía, la historia, el derecho, la política, la ciencia y la filología, hasta la filosofía–, quizá sean dos los aspectos más destacados de su obra: por una parte, su trabajo poético, en particular sus célebres composiciones “Alocución a la poesía” (1823) y “La Agricultura de la Zona Tórrida” (1826) –por las que se le considera uno de los iniciadores de la poesía hispanoamericana– y, por la otra, su defensa de la lengua castellana y de su enriquecimiento en los usos que adquiriría en el llamado nuevo continente, como se evidencia en su no menos famosa *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* (1847). Y son precisamente esos dos aspectos los que constituyen las vetas fundamentales de la obra de Rafael Cadenas. De un lado tenemos su obra poética, que incluye títulos ya considerados legendarios en el ámbito de nuestra literatura como *Cuadernos del destierro* (1960), *Falsas Maniobras* (1966), *Memorial* (1977), *Amante* (1983), ha sido ya nacional e internacionalmente reconocida con destacados premios y, lo que quizá resulta más importante aún, estudiada y analizada en el ámbito académico. Del otro, una insistente reflexión, en ensayos, aforismos y entrevistas, sobre el valor y la importancia del lenguaje. De hecho, uno de sus ensayos más famosos –que aún hoy se usa como material de enseñanza en algunas de nuestras universidades– se titula, precisamente, *En torno al lenguaje* (1985). Cadenas argumenta en defensa de la atención al uso del lenguaje como una forma esencial de mantener los valores de civilidad y la conciencia de una comunidad, y alerta sobre los peligros que, con su empobrecimiento, amenazan al individuo y a la

1 Conferencia pronunciada el 26 de noviembre de 2020 en la Universidad Católica Andrés Bello, el marco de la celebración del aniversario de Andrés Bello. En el texto, incorporo en parte y desarrollo ideas expuestas en algunas de mis publicaciones anteriores.

cultura. Es esta conciencia frente al lenguaje la que modula su obra tanto en sus reflexiones como en su escritura poética.

Y son ésas las dos caras de la aludida conjunción entre Bello y Cadenas: la que se da en un *amor* a la lengua que se manifiesta a través de la poesía y a través de lo que me gustaría llamar –con un eco clásico– la “defensa e ilustración” del lenguaje.

Quisiera, sin embargo, apresurarme a apuntar a una significativa disyunción entre estas dos obras. La de Bello es una obra que se construye, en su inserción epocal, sobre la base de saberes sancionados, establecidos, y en tanto tal no podía sino extenderse y ramificarse. En ello reside su carácter enciclopédico –carácter que continúan en nuestro continente hasta el siglo XX un Alfonso Reyes, un Pedro Henríquez Ureña, un Mariano Picón Salas. La obra de Cadenas, por el contrario, se sitúa en un mundo en el que los saberes se han vuelto inestables, en el que las ideas se ven constantemente contrastadas, en el que el tono dubitativo –la escuela de la sospecha, la bautiza Nietzsche– es ya no una señal de escepticismo sino un elemento ineludible en toda reflexión responsable; un mundo frente al cual Cadenas asume la posición ética de rehuir todo dogmatismo sea este literario, histórico o político y opta por indagar, por contrastar, por precisar, incluso por desdecirse, para alejarse de las imposiciones, de las prescripciones, de las ideas recibidas o fijas. No por azar, como Whitman, dirá en algún momento: “me contradigo, bien, me contradigo”. Esta actitud hace que sus escritos en realidad vayan *ensayándose* –utilizo a propósito este verbo– para ajustar mejor sus afirmaciones, sus posicionamientos e incluso su dicción. Su obra por tanto es más indicativa de un proceso que de una acumulación de logros. En cada una de sus etapas, sus escritos parecen proponer una nueva vía, un nuevo camino –*Wege, nicht Werke* (caminos, no obras), había dicho Heidegger–, una búsqueda marcada por esa pasión ética, insisto, por refinar sus aserciones y por precisarse: “enloquezco por corresponderme”, dirá en uno de sus textos más famosos.

En consecuencia, en un mundo en el que los saberes se cuestionan –a mi juicio, necesariamente– una obra, para ser auténtica, no puede desarrollarse a partir de certezas sino en un constante autoexamen, en una insobornable vigilancia frente a cualquier dogmatismo. Y será este el sello que determinará las transformaciones de su reflexión y las inflexiones de su escritura.

“Lo otro”, ética y significación

Podría decirse, sin embargo, que el núcleo conceptual de la obra de Cadenas lo constituye una repetida y apremiante conminación, incluso una interpelación al lector, y en general al ser humano, a situarse de manera reflexiva *en* el mundo. En sus diversos formatos —poesía, ensayo, apuntes, anotaciones, aforismos, entrevistas e intervenciones—, dicho proceso reflexivo se construye en torno a una exigencia y una responsabilidad: la de recuperar y adoptar la constatación de la inescapable inserción de nuestra vida *en* la “realidad”. Esta observación bastaría para apuntar de entrada a una complejidad: esta constatación fundamental, que se ofrecería a partir de la atención, la recepción, en realidad parece sólo posible desde la reflexión, el pensamiento. En contra de lo que podría pensarse en un primer momento —e incluso a pesar de unas primeras afirmaciones en este sentido en los ensayos tempranos de Cadenas—, asombrarse frente al hecho de la vida, de la existencia, asombrarse ante “ser”, ante nuestro entorno, no será una cuestión sólo de pasiva recepción; conlleva necesariamente un proceso reflexivo, exigente, que requiere atender no sólo al objeto de contemplación —nuestra existencia— sino al *camino* que es necesario construir y seguir para captarlo. Desde esta perspectiva, la conminación se vuelve obra, es decir, itinerario: un conjunto de etapas que es necesario *re-correr* —transitar de nuevo—, más que un punto de llegada, un estado o una sabiduría, que habría que alcanzar. En este sentido, podría decirse que su “obra” (recordemos, *opus* deriva de *operare*, trabajar) resulta *ejemplar*: ejemplar puesto que más allá de la honestidad e insistencia con la que reclama la necesidad de ese reencuentro con la fuente de lo vital, de lo existencial, ella misma patentiza las diversas etapas de un proceso que reconduce desde el “olvido” de la naturaleza trascendente de nuestra existencia —y hay que entender aquí la noción de “trascendente” en el sentido de que depende de una fuente exterior al sujeto— hasta la aceptación de esa vida “a quemarropa”, para usar sus palabras, hasta el encuentro “de bruces” con esa realidad inmediata y avasallante. Su obra, así, sería un “memorial”, un repaso pausado y minucioso de la *labor* que se requiere para (re)descubrir ese hecho fundamental.

Comprobamos así que esta invitación a reencontrarnos de manera *inmediata* con la vida y la realidad se desarrolla y articula a partir de sugerentes *mediaciones*. Esto tiene como consecuencia que su obra se convierta en el escenario de *tensiones* que además de evidenciar la honestidad intelectual de

su empresa, le confieren una inusitada riqueza, una sutil complejidad. Una de las formas de esa tensión se manifiesta, precisa y paradójicamente, en el hecho de que, en el mismo momento en que Cadenas “hace” literatura, la reflexión lo lleve a cuestionarse sobre el rol que ésta puede cumplir en este proceso. ¿No sería la literatura, en sentido estricto y salvo muy contadas excepciones, una distracción de lo más urgente, una evasión, en el mejor de los casos; un extravío en lo superfluo y lo lúdico, en el peor de ellos? Ese pareciera ser el diagnóstico de Cadenas en sus primeros ensayos; de allí que se nos muestre por momentos tan crítico y hasta pesimista respecto a sus aportes. Sin embargo, como acendrando esa tensión, su obra se construye y se transforma precisamente en diálogo con una prestigiosa tradición literaria, con obras y autores que configuran el mapa de un espacio literario (la poesía provenzal, las obras de los místicos, los románticos ingleses, Whitman, Rilke, Pessoa, Machado, Kraus, Michaux); un espacio literario que muestra, más aún, que *demuestra* que la literatura es también una forma de “hacer más vivo el vivir” –para decirlo con su sintomático *desideratum*. ¿Y no constituye una tensión absoluta invitar a reconocer, por ejemplo, que “estar aquí ya es *demasiado*”, como nos dice en *Sobre abierto*, e intuir, al mismo tiempo, que la poesía puede hacer *más vivo* ese hecho? Incluso, ¿no se evidencia más patentemente esa tensión al constatar que la frase “estar aquí ya es demasiado” es un eco de la lectura de Rilke, quien dice: *Hiersein ist herrlich* [“estar aquí es regio, señorial”]?

En este sentido, podría decirse que la obra de Cadenas, como la de los místicos –con la que se la ha comparado con frecuencia–, se desarrolla no a pesar sino precisamente a partir de esa *tensión* radical: la de la necesidad de, a través de la mediación literaria, *recrear*, de *reproducir*, de hacer manifiesta una experiencia que en principio es no sólo ajena sino irreconciliable con dicha mediación: la institución literaria. Esa tensión, sin embargo, es necesariamente *irresoluble* y, simultáneamente, reviste esta obra de una dimensión que llamaré *dramática*. Irresoluble porque, como sintomáticamente insinúa Borges y Blanchot demuestra con esmero, los *et tout le reste est littérature* [“y todo el resto es literatura”] (Verlaine), siempre se dicen con y desde la literatura; *dramática* porque en cierta forma hace que el acto mismo de escribir se convierta en la escenificación de un proceso, una representación en la que lo performativo esta inextricablemente asociado a lo dicho.

Quizá esta tensión sea de hecho el reflejo de otra, más fundamental y no menos irresoluble, que yace en el centro de esta obra —y quizá de gran parte de la literatura moderna—: la tensión que consiste en cifrar en el lenguaje la posibilidad misma de evidenciar lo que “está a la vista”, de hacer de una mediación —la escritura— el vehículo para la manifestación de una inmediatez. Evidentemente esta tensión no es en absoluto accidental: ella ha marcado el pensamiento occidental desde los comienzos de la modernidad, cuando empieza a preguntarse si es posible pensar sin antes pensar (en) el lenguaje, sin antes pensar qué es el lenguaje. Pero es, de hecho, dicha tensión la que hace posible el vínculo fundamental que se tiende entre su poesía y su reflexión sobre el lenguaje; más que un vínculo, un entramado de tensiones/relaciones que se invisibiliza bajo una aparente simplicidad. Cadenas mismo las expresa en un breve aforismo/poema que reza: “La palabra no es el sitio del resplandor, pero insistimos, insistimos, nadie sabe por qué” (*Memorial*). La frase apunta a la vez a una constatación (“La palabra no es el sitio del resplandor”) y a una perplejidad (“nadie sabe por qué”); pero asimismo a un proceso (“insistimos, insistimos”). Y este proceso, como lo indica la palabra “memorial” que utilicé antes —y que tomo por supuesto de Cadenas—, es esencialmente un proceso de construcción *verbal*. Y aunque podría pensarse que no puede ser de otra forma, pues se trata de una obra poética, cabría recordar aquel aforismo/poema, del mismo libro por cierto, en el que Cadenas sentenciaba: “El que enseñó a leer a los ojos borró el paraíso”. En efecto, si por una parte el requerimiento de esta obra consiste en recuperar la condición extraordinaria de la existencia ordinaria —otra paradoja, otra tensión— y en agudizar, gracias a dicha dialéctica, nuestra conciencia de ella ¿no adquiere por ello mismo su materia misma, esto es su naturaleza verbal, un status problemático? Y no obstante, como lo ejemplifica su obra misma, “se insiste, se insiste, nadie sabe por qué”...

Por tanto, lo que a primera vista podría percibirse como una contradicción: invitar a recibir la existencia de manera *inmediata*, pero hacerlo *a través* de un minucioso y decantado trabajo con el lenguaje, desde una perspectiva más reflexiva, ¿no evidencia antes bien que dicha contradicción comporta en realidad una relación más fundamental que convertiría esta aporía en una compleja teorización? Dicha relación propondría que la existencia, incluso en el sentido de experiencia inmediata e intransferible que le atribuye Cadenas, se construye necesariamente *a través de* o incluso *en* las mediaciones; que no se trata solamente de

devolver a lo ordinario el carácter extraordinario que la rutina ha *invisibilizado* y que le pertenece de suyo, apelando a una atención que sólo puede provenir del sujeto que contempla, sino también de reconocer que ese carácter extraordinario de la existencia se patentiza e incluso, más radicalmente, se *produce* con y en la materia misma de sus verbalizaciones; verbalizaciones que, ahora lo vemos, son otras tantas manifestaciones del fenómeno mismo que se quiere recuperar. Por ejemplo, ¿no es acaso el amor, tal vez la experiencia que consideramos más inmediata e intransferible, una experiencia que se nutre, se complejiza, se dimensiona precisamente a partir de los discursos sobre el amor: sus metáforas, sus nominaciones, sus expresiones, sus personajes, sus mitologías, sus transformaciones? Ya lo decía Rimbaud: *l'amour est à réinventer, on le sait* [hay que reinventar el amor, se sabe]. Y ¿no es precisamente un poema como *Amante* un ejemplo singular de cómo con las palabras se (re)inventa el amor, de cómo con la escritura se suplementa la fuerza con la que mueve nuestras fibras más profundas, de cómo se transforma a través del verbo en una nueva, acendrada experiencia?

Así, estas tensiones que se establecen entre la invitación a constatar la “inmediatez” de la existencia y el recurso a la escritura para hacer posible dicha constatación, constituyen el núcleo activo de esta obra que, como consecuencia de ellas, ofrece posicionamientos frente al lenguaje que se extienden desde la desconfianza hasta el elogio, pasando por los de crítica y terapéutica (en el sentido que da Wittgenstein al término). Desconfianza, puesto que el lenguaje tiene la capacidad de distorsionar, de ocultar, de pervertir —como la situación política de nuestro país en las últimas décadas lo ha hecho más que evidente—; crítica, porque es necesario identificar en ciertos hábitos lingüísticos, en ciertos giros de frases o expresiones, sobreentendidos y formas limitantes e incluso peligrosas del pensar; terapéutica, puesto que se hace perentorio en ciertos casos devolver a las palabras un sentido que se acuerde con los valores de la autenticidad y que las arranque a las manipulaciones; elogio, por último, porque se reconoce que, en su vertiente creativa, la palabra también produce, también inventa “objetos” que pertenecen por derecho propio al ámbito de esa extraordinaria existencia ordinaria. Como vemos, todos estos registros apuntan a la intensidad con que esta obra gravita —recurro de nuevo a sus palabras— “en torno el lenguaje”.

Detengámonos, sin embargo, brevemente en lo que respecta al elogio. Incluso desde una perspectiva existencial ¿no pertenecen las palabras

a las experiencias más inmediatas para nosotros? Exclamar, insultar y replicar, hablar y pensar son todas operaciones que hacemos –aquí la aporía se revela significativa– sin mediación, aunque en palabras. Wittgenstein decía que hablar, preguntar, conversar pertenecen a nuestra historia natural tanto como comer, caminar, jugar. Según esa perspectiva, ¿se puede seguir entendiendo el lenguaje solamente como mediación? Hemos entonces de reconocerle un carácter constructivo, productivo al lenguaje; pero incluso, en tanto *medio* hemos de reconocerle una capacidad conformadora. Y esto implicaría que las tensiones de las que venimos hablando dinamizan, además, el núcleo productivo de esta obra verbalmente reflexiva, reflexivamente verbal –lo reflexivo y lo verbal resultan ahora indisociables– que se construye en su oscilación entre dos polos extremos: por una parte, nos dice Cadenas recientemente, las palabras “parece que nos sostienen, pero no se apoyan en nada”; por la otra, nos conmina a entregarnos “a [la atención] como a un verso hondo”; por un lado nos advierte: “el que está siempre rehaciéndose no tiene idioma”, pero para luego advertirnos que “[las viejas palabras] son las que estudia el que quiere ser vida hablada”. *Vida hablada*: esta expresión parece sintetizar otro aspecto del imperativo ético de esta obra que en su desarrollo ha ido orientándose hacia un decir, un escribir que honra a la vez la existencia y el lenguaje. Y así este elogio del lenguaje se declina a la vez como homenaje a la vida y como forma-de-vida [*Lebensform*], como la definía Wittgenstein, esto es, una compleja entidad verbal en la que la invitación al *vivir se escribe* una y otra vez, y en la que este continuo proceso de *escritura* también se hace por derecho propio *vida*.

No obstante, a pesar de este aparente armisticio teórico, otra tensión asedia esta *démarche* verbal. Dijimos que el lenguaje pertenece a las más inmediatas experiencias del ser humano: su empleo puede ser tan instintivo e íntimo como se quiera. Sin embargo, el lenguaje es a la vez algo heredado, ajeno, colectivo; algo que tampoco nos pertenece de manera definitiva. ¿No es el lenguaje, en un sentido radical, también algo misterioso, algo que no controlamos –al menos no de manera absoluta– y que antes bien por momentos nos controla? Sin duda. Y es en ese sentido que nos vemos orientados a la perspectiva crítica de la que hablé antes. Sin embargo, también puede entenderse esta “ajenidad”, esta “alteridad” del lenguaje como la apertura a formas no convencionales de creación de sentido y, por tanto, como otro aspecto de “el misterio”. “El misterio –nos dice de nuevo en un texto reciente– es el lugar al que siempre vuelves,

pero lleno de inscripciones”. Como en el caso de la obra de los místicos, en la de Cadenas este misterio no será algo inefable, sino al contrario algo “efable”, es decir, decible, pronunciable, “lleno de inscripciones”, de “viejas palabras”, en sí igualmente misteriosas –y no menos *vida*.

Y con esta noción de misterio, podemos regresar a estudiar el imperativo ético del que hablé al comienzo, eso sí, ahora revestido de la complejidad que era necesario reconocerle antes de explorar su más profunda y auténtica veta. Esta ética, como hemos visto, implica una postura frente al mundo, un situarse en él, y simultáneamente el compromiso de “decirlo”, “enunciarlo” y, quizá más fundamentalmente, de “reformularlo”, de reflexionar sobre él. Al ser una ética, se fundamenta en un respeto; y es esa palabra, respeto, la que quiero invocar aquí precisamente en relación con el misterio. Con una postura afín a la de Levinas, esta invitación, esta invocación a aceptar y elogiar, a recibir y construir el misterio de la existencia sólo es posible desde el respeto infinito que nos merece lo otro irreductible; eso otro que, precisamente por irreductible, no podemos manipular, ni siquiera entender del todo, y que debe ser aceptado en su diferencia. Pero esta noción, tan importante desde el punto de vista filosófico contemporáneo, adquiere en Cadenas las características de diversas personas, en el sentido teatral del término. Así la realidad y la vida encarnan, a pesar de ser lo más inmediato, también instancias de eso otro: infinitamente valioso que, aunque inapropiable, insistimos en asediar con palabras, con pensamiento; hay incluso un “otro” en nosotros mismos, un “otro” que nos hace seres complejos y en cierto sentido insondables; pero también el lenguaje constituye otra instancia de eso “otro” que puede brindarnos iluminación (incluso “resplandor”, a pesar de aquella frase citada antes), pero que no puede reducirse a medio, a utensilio, para una apropiación utilitaria y controladora. El misterio, lo otro, sería entonces la condición *sine qua non* para toda ética de la aceptación desde el respeto, para toda ética del asombro. Y para que no se piense que acaban aquí las tensiones, hay que recordar que eso otro no es en absoluto lo radicalmente ajeno, lo inaccesible, lo impensable, lo inefable. “Paradójicamente –nos recuerda en una afirmación que es ahora un eco de otra de Antonio Machado– ‘lo otro’ es nuestra esencia”.

Es esta concepción de “lo otro”, entonces, lo que en esta obra opera como origen de significaciones y a la vez determina su posicionamiento ético: de allí

surgen tanto su impronta temática como la naturaleza de su dicción. Y es eso “otro” lo que condensa y activa las irresolubles tensiones que son, no simplemente las contradicciones, sino la razón misma de ser de esta obra. “Gravitamos –nos recuerda también en otro momento– en torno a un sol que no se ve”.

Ese “sol que no se ve” es precisamente lo que identifico con esa noción de otro, de “lo otro” como centro de atención y de respeto, como alteridad sobre la que se funda la ética de la aceptación y al mismo tiempo como la inconmensurabilidad que hace posible la riqueza y la complejidad de la significación. Esta obra, entonces, hace de esa “negatividad positiva” –no podemos salir de las tensiones dialécticas– el estímulo, el tema, el proceso de su propia expansión significativa. No debe resultar sorprendente, entonces, que este centro irradiador (no olvidemos que “lo otro” es también una *experiencia* y que lo es, a la vez, existencial y verbalmente), que esta noción, “lo otro”, se oculte tras la simplicidad sólo aparente de las tesis y de los enunciados. Es entonces esta compleja articulación reflexiva y fundamentalmente ética la que dinamiza la escritura de esta obra; una escritura que, sin embargo, muestra una amplia gama de registros que son en el fondo evidencia de su carácter de “investigación” de la palabra, de “ensayo” y “proceso” verbal.

La otra *lectio*: la escritura como realidad

Repasemos ahora brevemente el camino recorrido. Como he indicado, los textos de Cadenas parecen articularse, proposicionalmente, respecto a una tesis bien definida: el ser humano, sobre todo en Occidente, ha perdido la clave de una existencia plena en comunión con el mundo. Por tanto, es necesario que recupere ese nexo, ese vínculo inmediato –esto es, no mediado por ideas, dogmas, ideologías, sistemas de pensamiento– con su entorno o, más precisamente, con su *fundamento*. Este sería, *in nuce*, el diagnóstico que Cadenas propone de la cultura occidental; un diagnóstico que, quisiera destacar aquí, constituye una importante tendencia del pensamiento filosófico contemporáneo, que tiene quizá en la tesis de Heidegger del “olvido del ser” quizá su exposición más difundida, pero que se evidencia asimismo como urgencia en varios autores a los que Cadenas vuelve una y otra vez: Rilke, Schajowicz, Otto, Bollnow, Kraus, Pieper, Steiner... Esto implica que este diagnóstico se inscribe completamente en una *tradición de textos* que llevan a cabo una *lectura particular* de nuestra cultura; una lectura que puede ser contrastada o matizada con

otras lecturas, con otras posiciones filosóficas –otros textos– frente al objeto de la civilización occidental.

Por otra parte, la terapia que corresponde a este diagnóstico no es menos precisa: el ser humano ha de prescindir de todo aquello que lastra, que impide ese regreso a una *visión inmediata*: el yo, la mente, la razón técnica, el perspectivismo, los nacionalismos, las ideologías, etc., para así recuperar el asombro y, con él, la mirada despojada de presupuestos que *ve, reconoce y se reconoce en el misterio*. Se trataría entonces de volver al origen (la infancia, la visión inmediata, la realidad, el ser, el “ethos clásico”) en el que reposa la singular raíz de nuestra existencia. Para ello es necesario despojarse efectivamente de todo lo que la cultura ha interpuesto entre nosotros y ese fundamento. En este sentido, la propuesta de Cadenas es esencialmente religiosa, tanto en el sentido etimológico de dicha palabra (*re-ligare*, volver a atar), como en el sentido de la atención y la celebración de lo que es. Pero, como habría querido Blake, la que propone Cadenas es una religiosidad sin religiones, es decir, que vuelve a lo natural, al cuerpo y los sentidos como su espacio privilegiado. En sus palabras, una religiosidad en la que “vida, realidad, misterio, religión, ser, alma, poesía” son sinónimos. También en este caso la postura de Cadenas se inscribe en una importante y compleja tradición *escritural*, incluso *literaria*: la que reúne un conjunto heterogéneo de *textos* que se conoce como “la mística”. Esta tradición, por supuesto, rebasa las fronteras occidentales y también, en cierto sentido, las epocales; y las lecturas de Cadenas incluyen tanto *corpora* de la mística oriental (Budismo Zen, Taoísmo, Basho) y de la mística cristiana (Meister Eckhart, Angelus Silesius, San Juan de la Cruz). Sin duda, su afiliación a esta tradición es a la vez ecléctica y crítica. También aquí, su postura rehúye todo extremismo (por ejemplo, el de la negación del cuerpo en algunas corrientes de la mística) para adoptar una actitud más bien celebratoria, de comunión y agradecimiento; actitud que explican algunos de los más conocidos divulgadores contemporáneos del misticismo a los que acude Cadenas (Watts, Suzuki, Blyth, Paniker).

Pero es precisamente esta búsqueda, me parece, la que nos conduce a uno de los puntos de inflexión más complejos de la obra de Cadenas. “Lo que exploramos –nos dice en la introducción a *Realidad y literatura*– es la posibilidad que tiene el ser humano de establecer una relación directa, no basada en la ideación, con los seres y las cosas”. Y reitera, en *Apuntes sobre San Juan de la Cruz y la mística*: “todo es parte del misterio fundamental, eterno, inabordable,

ante el cual la mente no puede sino enmudecer”. Y de inmediato vuelve a surgir la pregunta: ¿cómo es posible alcanzar o incluso intentar alcanzar esa posibilidad de inmediatez, ese enmudecimiento, a través de la mediación *par excellence*, el lenguaje y ese su “uso” particular que llamamos “literatura”? Aclaro que no es una contradicción lo que me interesa destacar acá sino la dialéctica que se genera de esa tensión irresoluble entre inmediatez y mediación que se escenifica entre lo postulado por dicha tesis y las operaciones y manifestaciones de su poesía.

Precisamente para destacar esta dialéctica he querido apuntar al carácter escrito, *textual* de las fuentes de Cadenas, tanto las reflexivas como las místicas. Y es en este sentido que, trascendiendo el espíritu de su tesis fundamental, me parece ponerse de manifiesto la otra *lectio* de su obra: la de su carácter eminentemente escritural. No cabe duda de que sus textos poéticos responden en gran medida a sus preocupaciones vitales e incluso las tematizan; no obstante, resultaría reductivo confinarlos a dichas *petitiones principii*, pues estos textos –como los de los místicos– *dicen en su letra* algo que trasciende e incluso subvierte el contenido ideacional de su tesis. Dicho de este modo, quizá, se patentice la dialéctica a la que me referí anteriormente: lo más explícito en la obra de Cadenas es precisamente dicha tesis; lo más difícil, lo más *misterioso* es, antes bien, lo que “oblicuamente” estos textos *hacen performativamente*, en cuanto textos. En otras palabras: ¿no habría que recordar que lo que hace la poesía, en algunos casos, a través de sus usos no convencionales del lenguaje, es convertir el sentido mismo en misterio? De ser así, se acendraría la dialéctica antes descrita: la palabra podría hacerse lugar –no vehículo– del misterio, de la iluminación, de la celebración, es decir del “resplandor”. ¿No constituye, como apunté antes, *Amante* una potente y compleja suplementación de la experiencia amorosa? Si de la poesía (y entiendo aquí poesía, como él, en el sentido más amplio posible) se espera “que haga más vivo el vivir”, ¿no puede acaso hacerlo en tanto palabra que inventa miradas, situaciones, ideas, mundos *verbales*? Nótese que no estoy tratando de contraponer a la de Cadenas una concepción alternativa de la poesía, sino haciendo evidente que este otro impulso poético irriga también su obra (Cadenas mismo parece insinuarlo en la introducción a *En torno al lenguaje*). De allí que, a lo largo de sus reflexiones, su defensa de la relación directa con el mundo se haya *tejido* (no olvidemos, del latín *textum*), casi paradójal pero indisociablemente, con una defensa del lenguaje. Esta defensa, claro está, posee una vertiente que coincide con su diagnóstico: el lenguaje,

como la cultura, está amenazado y es necesario recuperar para él su fuerza original, originaria. Pero no podemos perder de vista las complejas ramificaciones que conlleva este sutil deslizamiento, rico en implicaciones, desde la invitación a la recuperación de la inmediatez hasta la defensa del lenguaje —que, reitero, es fundamentalmente una mediación. Cadenas insiste, en *Anotaciones*, en deslindarse de las corrientes de la poesía moderna, del *international style*, del experimentalismo, del estilo y la retórica. Y no deja de renovar, en *En torno al lenguaje*, su crítica a la “deificación de la palabra” que reconoce en mucha literatura contemporánea. Sin embargo, su praxis poética —como él mismo admite— a veces está en contradicción con dichos deslindes. Para problematizar la crítica que Cadenas propone de la concepción de la poesía como “heurística”, bastaría recordar que Kraus, uno de sus aliados en la defensa de la lengua, insiste una y otra vez en las posibilidades “productivas” del lenguaje; posibilidades que van más allá del control del sujeto que escribe. ¿No llega a afirmar Kraus, en uno de sus aforismos más sorprendentes: *Die wahre Wahrheiten sind die, die man erfinden kann* (las verdaderas verdades son aquellas que se pueden inventar)? Y, añadiría yo, ¿qué verdades pueden inventarse sin la palabra? Son éstas algunas de las evidencias de que su obra, en un constante proceso de autoexamen y *ensayo*, va ajustando sus posicionamientos. Por ello, aquellos primeros deslindes que intentaban (de)limitar el proceso de la composición verbal, se van convirtiendo en perspectivas contra las que se rebelan sus propios poemas. De esta forma, junto e incluso, podría argumentarse, al margen de sus declaraciones explícitas, su poesía va conformando *el otro núcleo reflexivo* de su obra: el de un pensamiento más intrincado, de índole *escritural*, no proposicional, en el que, a mi juicio, reside una de las implicaciones *filosóficas* más interesantes de su obra. Ahondemos un poco en esto.

En cierto sentido, sus libros publicados pueden leerse cronológicamente como una serie de etapas que alegoriza lo propuesto en su tesis fundamental: un libro primero, infantil —*infans*, que no habla—, suprimido (*Cantos iniciales*); luego un libro inédito, pero que circula casi secretamente y que describe la pérdida de un paraíso (*Una isla*); la irrupción en la “república de las letras” con los discursos desmesurados y fabuladores (*Los cuadernos...*); el desplazamiento de la fabulación y sus correlatos objetivos a la dimensión psíquica de los desdoblamientos (*Falsas maniobras*); el lento comienzo de la recuperación de la sobriedad y la depuración (*Intemperie*); el repaso del itinerario y los primeros destellos de una posible plenitud, que coinciden con

la consolidación de su voz (*Memorial*); la polifónica escenificación del proceso de la comunión (*Amante*); la apertura hacia las diversas manifestaciones de la existencia en la voz alcanzada (*Gestiones*); la voz que asume su tono definitivo en sus libros más recientes (*Sobre abierto y En torno a Basho y otros asuntos*). Esta lectura, sin embargo, conlleva un peligro. En efecto, si cada uno de los libros de Cadenas representa en cierta medida una etapa —superada—, podría concluirse equivocadamente, a mi juicio, que sus respectivas realizaciones verbales han perdido vigencia; con lo que estaríamos desvalorizando, por ejemplo, la sensorialidad del lenguaje de *Una isla*, la fuerza de la exuberancia retórica y de las transgresiones verbales de *Los cuadernos*, la precisión casi quirúrgica del lenguaje de *Falsas maniobras*, la adustez y rigor verbal de *Intemperie*, la multiplicidad de escrituras y de formas de *Memorial*, para quedarnos con sus últimos libros, sobre todo a partir de *Amante*, como la voz definitiva y definitoria de su obra. Sin embargo, como todo lector de poesía sabe, todas ellas encarnan posibilidades creativas *vivas*, actuales y actualizables en cualquier exploración poética; todas ellas representan auténticas formas de dicción que ocupan hasta hoy, por derecho propio, un lugar en el repertorio de la poesía contemporánea. En fin, todas esas diferentes operaciones verbales ponen en movimiento formas alternativas de la *escritura-pensamiento* como otras tantas formas del misterio que Cadenas invita a recuperar.

Detengámonos, para complementar estos comentarios, en una breve exploración de las implicaciones *escriturales* de *Amante*. Este libro, que en realidad no es una colección de poemas sino un extenso poema fragmentario, patentiza en qué medida la escritura de Cadenas propone una forma de reflexión que trasciende el ámbito de su tesis fundamental. El poema consiste en una suerte de puesta en escena de voces (las del amante, el anotador y un espectador) que van tomando la palabra para conminar, apuntar, disuadir, aclarar, animar, revelar, reflexiva o transitivamente, interpelándose entre sí o hablando al lector, en un “juego perenne” de “juegos-de-lenguaje”. *And yet*, nunca más literal la expresión “van tomando la palabra”: si en apariencia “ella”, el personaje femenino homenajeado en el poema no “habla”, en realidad lo hace exclusivamente: ella es esencialmente *la lengua, la palabra*. ¿Podrá imaginarse un homenaje más hermoso y elaborado a la palabra? ¿Es posible pensar una mejor defensa del lenguaje que ésta que sintetiza las herencias retóricas de amor cortés y de la mística, y las reformula en un idioma sobrio y casi minimalista?

Por otra parte, la fragmentación verbal de este poema (que hace pensar en la música de Webern), su pluralidad de voces, la abstracción de su dicción (aspecto en el que apenas se ha reparado), la ausencia casi absoluta de sensorialidad, no pueden sino pensarse como opciones escriturales que los aportes de la poesía contemporánea han hecho posibles y que elevan a estatus de *experiencia* creaciones de naturaleza verbal. En este texto, además, Cadenas alcanza lo que llama su “inestilo” más singular –que se transfigura ligeramente en *Gestiones* para reaparecer en *Sobre abierto* y *En torno a Basho*–, es decir, lo que lo hace inconfundible respecto a otras escrituras poéticas contemporáneas: una minuciosa y cuidada atención a los vocablos. Un *estilo* que, sin embargo, no deja de exhibir sus deudas con la dicción de sus obras anteriores. Por ello, encontramos una y otra vez en sus libros recientes (*Sobre abierto* y en *En torno a Basho y otros asuntos*), ecos inconfundibles de pasajes o versos de *Una isla*, de *Falsas maniobras*, de *Intemperie*, de *Memorial*...

Vemos entonces que el conjunto de su obra poética despliega una compleja politonalidad de experiencias de orden verbal, una gama de “escrituras” que actualiza y dinamiza otras tantas formas-de-vida, esto es, de pensamiento.

Y en este punto me gustaría detenerme en un aspecto que, creo, no ha sido suficientemente destacado en la obra de Cadenas: la textura de su español. En efecto, tanto en sus libros de poesía –que, como comenté, acuden a estilos tan diferentes entre sí–, como en sus libros de ensayo, su “uso de la lengua castellana” (para decirlo con Bello) logra un sorprendente equilibrio entre elegancia y cotidianidad gracias al cual sus palabras y sus giros, incluso los aparentemente más comunes, se revisten del sabor, del saber de la tradición literaria, renovada, incluso reactivada por su particularísima inflexión. No será este el menor de los méritos de esta obra y es sin duda el que lo convierte en uno de los más destacados autores no sólo de literatura hispanoamericana sino, más ampliamente, de la literatura escrita en español. El que, humildemente, siempre quiso apenas: “respirar/ por los poros del lenguaje” habrá logrado, como quería Kraus, habitar en “la casa vieja del lenguaje”.

La “otra cara” de la ética: el respeto al tú

Quisiera, ya para concluir, referirme a otra dimensión del posicionamiento ético de Cadenas; una dimensión que, claro está, no puede dissociarse de lo que he venido exponiendo hasta este punto. La ética del respeto, del reconocimiento del valor

insondable e indiscutible del “otro”, ese “tú”, como lo llama Cadenas, el “tú esencial” como lo define Machado, lo ha hecho asumir una postura de abierta oposición contra los entes y personas que controlan el poder en nuestro país desde hace más de dos décadas. Cadenas ha fijado su posición a este respecto de manera decidida y valientemente explícita en todas las oportunidades que le han ofrecido su renombre internacional y las ceremonias de los diversos premios y honores que ha recibido. No podía ser de otra forma: la profunda raíz ética de esta obra, basada en la apertura al mundo, al respeto infinito del otro, haría imposible no denunciar una y otra vez los atropellos, el desgobierno, la tiranía a la que nuestro país ha estado sometido ya por tanto tiempo. Y si bien su poesía ha seguido abocada a construirse a partir de los elementos reflexivos y verbales que he querido exponer en esta ocasión –y es esa su fidelidad, ese su imperativo– no dejan de asomarse por momentos, pero con intensidad, estos reclamos: “La sangrante palabra/ enemigo toca/ puertas en son de guerra”, nos dice en *Sobre abierto*; “Días del falaz relato/ gritado por bocas enseñoreadas/ tan vacías que sólo el poder las llena”, diagnostica en su último libro, *En torno a Basho y otros asuntos*.

En su libro temprano, *Una isla*, Cadenas formulaba un deseo: “País mío, quisiera/ llevarte/ una flor sorprendente.” Creo que nadie puede dudar de que ese deseo se ha cumplido. En su último libro, por otra parte, expone un temple: “Tu aprendido honor es otro:/ tratar de que ningún tú/ caiga.” Difícil imaginar un enunciado en el que política, ética y estética queden tan inextricablemente entreverados y que a la vez sintetice los rasgos distintivos de esta obra. Dice Whitman, refiriéndose a su libro *Hojas de yerba*: “quién toca est[e libro], toca a un hombre”; creo que Cadenas ha logrado a su manera esa suerte de transfiguración y este homenaje a su obra, a su múltiple, pausada, meditada obra, no será en menor medida un homenaje a su vida: ineludiblemente quien toque sus páginas no podrá menos que “palpar” el espesor vital de este ser humano.

Berlín, noviembre 2020

Este ejemplar se
terminó de imprimir en
Caracas en noviembre del año
2023. Para su diseño se utilizó la
tipografía Adobe Garamond Pro
a 11 pts., ha sido impreso sobre
Papel Bond 24 y se imprimieron
300 ejemplares en los talleres
de Gráficas Lauki C.A.

La obra poética de Rafael Cadenas ha representado, por qué no decirlo, la más importante aventura textual de estos tiempos. Sus poemas nos acompañan como talismanes desde 1958, con la aparición de *Una isla*, y ya son cinco décadas de cercanías, revelaciones, renunciaciones, lecciones o aprendizajes. Mi generación, particularmente, ha crecido con esta poesía, ha bebido de ella, ha hecho suya todas las sonoridades. Es nuestro poeta por antonomasia, nuestra secreta compañía, nuestro mascarón de proa. Se me dirá que este ensalzamiento nada tiene que ver con una poesía que reseña la humildad, que busca lo esencial de la vida, que se aparta de aspavientos, que ve en el yo —esa sacrosanta institución de Occidente— una gran trampa. Pero quizás nuestros accidentes históricos, nuestra ruina política y moral, ha visto en esta poesía del despojamiento, paradójicamente, una tabla de salvación. Nunca pensó Cadenas que su poesía pudiera significar tanto para tantos lectores que la buscan o que encuentran refugio en ella. Pero nuevamente son las circunstancias las que han obrado para que esta conjunción sea así.

Antonio López Ortega

El poeta de la palabra exacta y contenida no ha hecho silencio ante la destrucción de la democracia en Venezuela. Pero no se ha conformado con denunciar. Su visión política ha sido otra: la de aportar una mirada lúcida sobre la realidad. Sus eventuales declaraciones o algunos de sus poemas de los últimos años son detonantes de la comprensión. Cadenas nos ha puesto en la pista de cómo el poder totalitario pervierte la lengua, los discursos y los hechos, para ampliar su dominación. Ante la debatida cuestión del posible papel del intelectual en la vida pública de la sociedad, Cadenas ha dado una respuesta: la de convertirse, sin proponérselo, en una referencia moral para los demócratas. Cadenas ha contestado, sobre todo, con sus poemas. Esas contestaciones lo son doblemente: por lo que argumentan y porque devuelven una renovada dignidad a nuestra maravillosa lengua española.

Nelson Rivera



